

# Después de Hiroshima y Nagasaki. La era nuclear y el problema de la preservación del secreto atómico

*After Hiroshima and Nagasaki. The Nuclear Age and the Problem of the Preservation of the Atomic Secret*

**Carlos Sola Ayape**

Tecnológico de Monterrey  
csola@tec.mx

**Fátima de Gasperín Torres**

Tecnológico de Monterrey  
fatimadgt@hotmail.com

**Cómo citar este artículo:** Carlos Sola Ayape y Fátima de Gasperín Torres, "Después de Hiroshima y Nagasaki. La era nuclear y el problema de la preservación del secreto atómico", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 4 (enero-abril 2020), novena época, pp. 60-91.

Recibido: 20 de agosto de 2019 · Aprobado: 5 de septiembre de 2019

## Resumen

A comienzos de agosto de 1945, las ciudades niponas de Hiroshima y Nagasaki sufrieron el ataque de dos bombas atómicas por parte de sendas tripulaciones aéreas estadounidenses. Sus efectos devastadores generaron la inmediata rendición de Japón y el consiguiente fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el comienzo de la posguerra quedó marcado por el tenso debate en torno al control de esta bomba de destrucción masiva, particularmente por la posesión del secreto atómico que aseguraba su fabricación. En aquel otoño de 1945 y en un clima de miedo generalizado ante un posible cataclismo mundial, se pensó en que el secreto quedara en manos de los Estados Unidos, la ONU e incluso de un gobierno mundial de nueva creación, y todo bajo el recelo y desconfianza hacia la Unión Soviética de

## Abstract

In early August 1945, the Japanese cities of Hiroshima and Nagasaki suffered the attack of two atomic bombs by US air crews. Its devastating effects generated the immediate surrender of Japan and the consequent end of World War II. However, the beginning of the postwar period was marked by the tense debate surrounding the control of this bomb of mass destruction, particularly the possession of the atomic secret that ensured its manufacture. In that autumn of 1945 and in a climate of widespread fear of a possible world cataclysm, it was thought that the secret would remain in the hands of the United States, the UN, and even a newly created world government, all under the suspicion and distrust of the Stalin's Soviet Union. Because of the importance it had for the future

Stalin. Por la importancia que tuvo para el futuro de la humanidad, éste será el tema central del presente artículo.

**Palabras clave:** bomba atómica, era nuclear, Harry S. Truman, Hiroshima, Nagasaki, secreto atómico, Segunda Guerra Mundial

of humanity, this will be the central theme of this article.

**Keywords:** atomic bomb, nuclear era, Harry S. Truman, Hiroshima, Nagasaki, atomic secret, World War II

La esperanza de la civilización radica en la decisión de renunciar al empleo y desarrollo de la bomba atómica y en el de dedicar la energía únicamente a fines humanitarios.

*Harry S. Truman, presidente de los Estados Unidos, 3 de octubre de 1945*

## INTROITO<sup>1</sup>

El periodo de 1945 marcó el final de la Segunda Guerra Mundial, conflicto bélico de inmensas proporciones que llevaba seis años cobrando vidas y que, entre otros aspectos, se había caracterizado por un sinnúmero de atrocidades, así como por la ruptura de la comunidad internacional en dos grandes bloques de países bajo la tesitura maniquea de democracia versus fascismo. Durante la larga contienda la población mundial fue testigo de actos inhumanos llevados a cabo por gobiernos que sólo buscaban imponer sus políticas y obtener la mayor cantidad de poder. El conflicto se tornaba cada vez más complejo, y tanto Alemania, Italia y Japón —integrantes del bloque del Eje— como Gran Bretaña, Francia y la URSS —grupo de los Aliados—, se negaban a ceder el control y a poner fin a un conflicto armado que ya se había extendido por más de un lustro y que continuaba horrorizando a la población internacional, así como destruyendo y dividiendo cada vez más territorios.

---

<sup>1</sup> El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación en el Tecnológico de Monterrey, de seis meses de duración —primer semestre de 2019—, dirigido por el profesor Carlos Sola Ayape, titulado “La bomba atómica después de Hiroshima y Nagasaki. El desafío sobre el control de la energía nuclear”. Al respecto, los autores agradecen la inestimable colaboración en la fase de investigación de Fernanda Sotelo Fuentes.

A pesar de que los países mencionados venían siendo los protagonistas de la guerra más devastadora, no fue ninguno de ellos el que perpetró el mayor ataque jamás conocido en la historia de la humanidad y que provocó, entre otras muchas repercusiones, el final de la segunda gran guerra. A comienzos de agosto de 1945, una tripulación con bandera de los Estados Unidos, que había despegado desde la base naval norteamericana establecida en la Isla Tinián (Océano Pacífico), a bordo del avión bombardero bautizado como *Enola Gay*, dejó caer la primera bomba atómica sobre la ciudad nipona de Hiroshima. Era el 6 de agosto, una fecha que acabaría siendo un sitio de la memoria y un parteaguas en los anales de la historia. Tres días después, otro avión de la fuerza aérea estadounidense arrojó una segunda bomba atómica, esta vez sobre la ciudad, también japonesa, de Nagasaki.

El lanzamiento de estas dos bombas atómicas sobre población civil fue la respuesta definitiva de Washington ante el ataque aéreo que el 7 de diciembre de 1941 la armada japonesa perpetró contra la base naval estadounidense de Pearl Harbor, establecida en el archipiélago de Hawái, también en el océano Pacífico. Lo que llamó verdaderamente la atención de aquella ofensiva de agosto de 1945 contra ambas ciudades niponas —entre otros detalles—, fue el tipo de tecnología utilizada en un arma desconocida hasta entonces: la bomba atómica. Sus creadores, científicos como Enrico Fermi o Leó Szilárd, las bautizaron con el nombre de *Little Boy* (niño pequeño) y *Fat Man* (hombre gordo), respectivamente.<sup>2</sup> Se consumaba así el fin último para el que fue concebido el Proyecto Manhattan.<sup>3</sup>

La comunidad internacional, incluyendo la estadounidense, no tenía información acerca de los pormenores de esta arma mortal; mucho menos imaginarse su devastadora capacidad destructiva. Así, se llegó incluso a adiestrar a los trabajadores involucrados, por si eran entrevistados por ajenos o extraños, a responder con evasivas y distractores, algunos tan

---

<sup>2</sup> En palabras de Henry Smyth “el principio de la operación de una bomba atómica o de una planta eléctrica basada en la fisión del uranio es relativamente sencillo”. Smyth, *La energía atómica para fines militares*, p. 60.

<sup>3</sup> Véase, entre otros, Carpintero, *La bomba atómica y Franco, El proyecto Manhattan*.

ridículos como que se dedicaban a investigar sobre la luz de las luciér-ganas o sobre la fabricación de los agujeros de los donuts. Por de pronto, y más allá del dantesco espectáculo de horror y muerte del que se hizo eco la prensa mundial, ambos acontecimientos supusieron el final de la Segunda Guerra Mundial. El 10 de agosto, cuatro días después del lanzamiento de la primera bomba atómica y al día siguiente de la segunda, Japón remitió su oferta de rendición, a través del diplomático suizo Max Grässli, al secretario de Estado estadounidense James F. Byrnes, dando comienzo a la negociación que finalizaría con la firma de la rendición incondicional de Japón ante las potencias aliadas. Si bien el acuerdo se cerró cinco días después, no fue hasta el 2 de septiembre cuando el responsable del Servicio de Exteriores japonés, Mamoru Shigemitsu, firmó la rendición incondicional en nombre del emperador Hirohito.

Como es sobradamente conocido, el uso de la energía atómica supuso un cambio de paradigma a nivel mundial y, desde el primer momento de la posguerra, fue el gran motivo de enrarecimiento del clima diplomático entre las naciones. Desde el comienzo de la posguerra, surgieron los grandes debates en torno a la fisión del átomo y a la pertinencia de la fabricación en serie del arma nuclear; particularmente, por las graves consecuencias que podían derivarse se planteó la discusión sobre si mantener en secreto la fórmula de la bomba atómica o, si, por el contrario, debía hacerse de conocimiento común para que los países pudieran saber cómo crear y perfeccionar esta arma de destrucción masiva.

El secreto atómico se planteó como un asunto de extrema gravedad y enorme relevancia geoestratégica en aquel contexto histórico que pronto abriría paso a una Guerra Fría, caracterizada por el enfrentamiento de dos grandes bloques liderados por los Estados Unidos y por la Unión Soviética respectivamente. Por su importancia histórica, este será el tema central del presente artículo, donde se dará cuenta de la situación problemática generada en torno al llamado “secreto atómico”. Para ello, y debido a las limitaciones formales del presente trabajo, nos valdremos de diversas fuentes bibliográficas especializadas, así como de la prensa mexicana del momento, entre otros, de los periódicos *El Universal*, *Excélsior*, *Novedades* y *El Popular*. Así, se pudieron reunir un sinfín

de noticias, editoriales y artículos de opinión, así como un importante abanico de valoraciones sobre lo acontecido en torno al problema del secreto atómico a partir de mediados de agosto de 1945, esto es, tras lo acaecido en Hiroshima y Nagasaki.

Formalmente hablando, el manuscrito está dividido en dos grandes apartados. En el primero, se considera una selección de hechos puntuales que forjaron el contexto histórico de aquel agosto de 1945, entre otros, el lanzamiento de las bombas atómicas sobre ambas ciudades niponas y las graves repercusiones que tuvieron a nivel físico, moral y humanitario. En el segundo, analizaremos todo cuanto rodeó al secreto atómico, entre otros, el debate en torno a su custodia, los principales actores o la búsqueda de las soluciones; todo en un marco donde la posguerra quedaría mediatizada por el presente y futuro de la energía nuclear. De entrada —y con esto ponemos el cierre a este apartado introductorio—, unas declaraciones del que fuera primer ministro británico Winston Churchill nos ponen en alerta de la grave situación en que quedaba la humanidad ante la trágica y espantosa experiencia nuclear de aquel agosto de 1945:

“La bomba da a los Estados Unidos el poder de moldear el mundo. Si fuera de los rusos, significaría el fin de la civilización”.<sup>4</sup>

## EL LANZAMIENTO DE LA BOMBA ATÓMICA

El 6 de agosto de 1945, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos lanzaron la primera bomba atómica de la historia de la humanidad sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. De acuerdo con los registros oficiales eran las 8 horas y 15 minutos de aquella despejada mañana cuando la nombrada *Little Boy*, fue arrojada desde un avión bombardero, de nombre *Enola Gay*, pilotada por Paul Tibbets. Las dimensiones de la primera y gran bomba atómica eran de 4.5 metros de largo,

---

<sup>4</sup> *Excelsior*, México, 8 de noviembre de 1945, p. 1.

1.5 de diámetro y un total de 5 toneladas de peso.<sup>5</sup> Al día siguiente, un gran titular encabezaba la portada de *The New York Times* “First atomic bomb dropped on Japan; missile is equal to 20,000 tons of TNT; Truman warns foe of a ‘rain of ruin’”.<sup>6</sup> Del mismo, y a nuestro entender, un concepto sobresalía del resto: “rain of ruin”, esto es, “lluvia de ruina”.

De acuerdo con la narración que brindó Peter Wyden en su libro *Día uno: así empezó la era atómica*, 80% de las personas que se encontraban dentro de un radio de 500 metros murieron en el momento o tan sólo unos minutos después. En una fracción de medio segundo, “rayos térmicos con una temperatura de más de 3000 grados causaron quemaduras primarias hasta de tres kilómetros del hipocentro”,<sup>7</sup> provocando la muerte de unas 130,000 personas de un total de 350,000 que se encontraban en Hiroshima en el momento de la explosión. De la enorme energía liberada, 35% se propagó en forma de calor; 50% en forma de explosión y 15% restante como radiación,<sup>8</sup> lo que habría de significar un grave riesgo para los habitantes que, si bien habían logrado sobrevivir al estallido, desconocían el impacto que la radiación habría de tener en su salud en los próximos días, meses y hasta años venideros.

Además del mencionado Paul Tibbets, entre la tripulación del avión bombardero se encontraban Robert Lewis (copiloto), Theodore Van Kirk (navegante), Thomas Ferebee (bombardero), Jacob Beser (oficial de contramedidas electrónicas), William Deak Parsons (encargado de armar el detonador de la bomba), Morris Jeppson (técnico electrónico, encargado de activar la electrónica de la bomba), Joe Stiborik (operador de radar), George R. Caron (artillero de cola), Wayne Duzenberry (ingeniero de vuelo), Robert Shumard (segundo ingeniero de vuelo) y Richard Nelson (operador de radio). Testigos presenciales acabarían compartiendo testimonios de todo lo que vivieron desde las alturas en el interior del

---

<sup>5</sup> Baldwin, “La decisión sobre Hiroshima”, p. 53.

<sup>6</sup> “Primera bomba atómica explotó en Japón; proyectil igual a 20,000 porciones de TNT; Truman amenaza al enemigo con ‘lluvia de ruina’” (traducción propia), en *The New York Times*, New York, 7 de agosto de 1945, p. 1.

<sup>7</sup> Wyden, *Día uno: así empezó la era atómica*, p. 270.

<sup>8</sup> Preston, *Antes de Hiroshima*, p. 369.

*Enola Gay*. Tibbets y Ferebee, por ejemplo, compararon la gran sacudida que experimentó el avión con la de “un proyectil antiaéreo al estallar”, mientras que Lewis la describió como “si un gigante golpeará el avión con un poste telefónico”.<sup>9</sup> En sus respectivos diarios personales, Beser escribió la exclamación “¡Qué alivio que haya funcionado!”, mientras que Lewis anotó en su cuaderno de notas “¡Dios mío, qué hemos hecho!”.<sup>10</sup>

Sin embargo, fue Caron quien desde su torreta y sosteniendo una cámara, pudo ver la gran explosión con lujo de detalles, que calificó de “cegador”, a pesar de utilizar unos lentes oscuros que habían sido entregados a la tripulación como medida de seguridad. Caron describió la escena como “bella y horrible al mismo tiempo” y relató el siguiente entrecomillado que hemos recuperado para la ocasión; la cita es un poco larga, pero bien merece la pena su reproducción íntegra.

“Una columna de humo se eleva rápidamente. Su centro es de un rojo encendido. Una masa burbujeante, de color gris violáceo, con el centro rojo. Todo es turbulento. Aparecen incendios por todas partes, como llamas que salieran disparadas de un enorme lecho de brasas [...]; hay demasiados para poder contarlos. Ahí está, la forma de hongo de la que nos había hablado el capitán Parsons. Viene hacia aquí. Es como una masa de melaza burbujeante. El hongo se está extendiendo. Puede que mida 1,500 o 3,000 metros de ancho y unos 800 metros de alto [...]; la ciudad debe estar por debajo. Las llamas y las nubes de humo se están elevando, arremolinándose hacia las estribaciones. Las colinas están desapareciendo detrás del humo”.<sup>11</sup>

Testimonios de los testigos presenciales tuvieron ese nivel de elocuencia. El devastador impacto de aquel artefacto nuclear había causado daños tan irreparables que ni siquiera podían ser valorados

---

<sup>9</sup> Preston, *Antes de Hiroshima*, p. 358.

<sup>10</sup> Preston, *Antes de Hiroshima*, p. 359.

<sup>11</sup> Preston, *Antes de Hiroshima*, p. 359.

en toda su dimensión por la selecta tripulación del bombardero que, con la satisfacción por el deber cumplido, de inmediato emprendería viaje de regreso a su base militar. El *Enola Gay* —nombre de la madre de Tibbets— había logrado el objetivo de arrojar a *Little Boy* sobre la población civil de una ciudad nipona.<sup>12</sup> El fin de la segunda gran guerra estaba cada vez más cerca.

Entre los muchos efectos inmediatos de la bomba se encontraba la destrucción de las instalaciones de los medios de comunicación de Hiroshima, por lo que la noticia no se dio a conocer sino horas después, alrededor del mediodía. Esta demora condicionó los planes del profesor y físico nuclear Yoshio Nishima, encargado de viajar hasta Hiroshima con el fin de confirmar que aquel artefacto lanzado desde el aire en la mañana del 6 de agosto era, en efecto, una bomba atómica. Solucionados los problemas de la aeronave que debía transportarlo, ésta pudo aterrizar en la ciudad de destino 48 horas después del ataque, esto es, el día 8 de agosto. Luego de investigar y de presenciar *in situ* la gravedad del impacto en los cuerpos de los sobrevivientes y de los muchos estragos ocasionados en la infraestructura urbana, el profesor Nishima terminó por despejar sus dudas al conocer puntualmente las características tan particulares del arma mortal, desconocidas hasta ese entonces; Nishima telefoneó al primer ministro nipón —que se encontraba en Tokio— para confirmarle que la bomba que literalmente había arrasado Hiroshima, contenía una fuerza de alrededor de 20,000 toneladas de TNT y que, sin duda, se trataba de una bomba atómica.

Aquel día —8 de agosto—, la Unión Soviética de Joseph Stalin declaró la guerra a Japón, lo que significó la entrada de más de 1'500,000 de soldados en Manchuria, región china que había sido ocupada por el imperio nipón. El éxito de la intervención soviética obligó a las fuerzas japonesas a retroceder, lo que supuso un nuevo y serio revés para las pretensiones expansionistas niponas.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Sobre los pormenores del lanzamiento de ambas bombas atómicas, véase Giovannitti y Freed, *La decisión de lanzar la bomba*, pp. 98-107.

<sup>13</sup> Preston, *Antes de Hiroshima*, p. 370.

El 9 de agosto, alrededor de las 11 horas, antes de que el gobierno japonés pudiera diseñar una estrategia de acción derivada del informe del profesor Nishima, así como de la intervención militar soviética, una segunda bomba atómica fue lanzada por las fuerzas aéreas estadounidenses sobre otra ciudad nipona: Nagasaki. Dos bombas atómicas en tan sólo cuatro días. En palabras de Giovannitti y Freed, “la decisión de utilizar la bomba fue, en efecto, de usar bombas. Una vez tomada la determinación, las tácticas, hasta donde fuera posible, debían elaborarse los dirigentes militares, no los políticos. Los militares creían que se necesitarían cuando menos dos bombas para convencer al Japón de la eficacia del arma”.<sup>14</sup>

En efecto, y tras arrojar a *Little Boy* sobre Hiroshima, se había previsto proceder con una segunda bomba cinco días después del primer ataque, es decir, el 11 de agosto. En cambio, tras las conversaciones mantenidas entre el coronel Tibbets y su equipo de estrategias, establecido en la Isla Tinian,<sup>15</sup> se decidió adelantar el lanzamiento dos días, ya que se preveía un clima favorable no sólo para el vuelo, sino también para la consumación del nuevo objetivo militar. La ciudad de Nagasaki fue el blanco de *Fat Man*, nombre con el que se apodó a la segunda bomba que fue arrojada desde el bombardero *Bock's Car*, avión pilotado para la ocasión por Charles Sweeny. El saldo mortal fue de 40,000 víctimas y, a pesar de que las cifras fueron menores que en el ataque a Hiroshima, la ciudad quedó prácticamente destruida —30% por ciento, según *Excelsior*—,<sup>16</sup> causando un gran impacto tanto en la población civil como en la infraestructura urbana de Nagasaki. El 12 de agosto el general Thomas P. Farrell, comandante de operaciones de la bomba atómica, ratificaba que el nivel de destrucción de Nagasaki había sido mayor que el de Hiroshima.<sup>17</sup>

---

<sup>14</sup> Giovannitti y Freed, *La decisión de lanzar la bomba*, p. 313.

<sup>15</sup> En palabras de Giovannitti y Freed, “la determinación final de la fecha para usar la segunda bomba la tomaron los militares que estaban a cargo de las operaciones y no fue necesario confirmar la decisión con Washington”, en Giovannitti y Freed, *La decisión de lanzar la bomba*, p. 267.

<sup>16</sup> “Casi la tercera parte de la industrial ciudad de Nagasaki ha desaparecido”, en *Excelsior*, México, 11 de agosto de 1945, p. 1.

<sup>17</sup> “Ya se perfeccionó la bomba”, en *Excelsior*, México, 12 de agosto de 1945, p. 1.

Por parte de la estrategia militar norteamericana, todo salió conforme con lo previsto, y las primeras declaraciones de los altos mandos no presentaron ningún tipo de sorpresa.<sup>18</sup> Tras el primer lanzamiento, el secretario de Guerra Henry L. Stimson declaró que la estrategia nuclear habría de constituir “una ayuda tremenda para acortar la guerra”.<sup>19</sup> A su vez, el 10 de agosto, el presidente Harry S. Truman<sup>20</sup> tuvo la ocasión de manifestar que esta arma de destrucción masiva basada en la fisión controlada del átomo, era la respuesta que Washington había dado a la negativa japonesa de aceptar el ultimátum de Potsdam publicado el 26 de julio de 1945.<sup>21</sup>

Como era de prever, el lanzamiento de ambas bombas atómicas tuvo hondas repercusiones en diferentes ámbitos. De inicio las consecuencias

---

<sup>18</sup> El 16 de julio de 1945 fue probada con éxito una explosión controlada de un artefacto atómico en un enclave de Nuevo México, llamado Álamo Gordo. Conforme con un informe oficial estadounidense de 1946, encargado por el general Leslie Richard Groves —el alto mando militar que tuvo a su cargo el Proyecto Manhattan— y redactado por Henry de Wolf Smyth —presidente del departamento de Física de la Universidad de Princeton—, el ensayo en Álamo Gordo dejó tras de sí esta primera conclusión colectiva: “Todos parecieron sentir que se hallaban presentes en el nacimiento de una nueva era: la Era Atómica”, en Smyth, Henry de Wolf, *La energía atómica al servicio de la guerra: informe oficial del desarrollo de la bomba atómica realizado con el patrocinio del gobierno de los Estados Unidos durante el periodo 1940-1945*, México, Espasa Calpe, 1946, p. 311.

<sup>19</sup> *El Universal*, México, 7 de agosto 1945, p. 10.

<sup>20</sup> El 10 de agosto, el presidente Truman habló al pueblo estadounidense en una emisión radiofónica dirigida a su nación en donde expresó: “Tras obtener la bomba, la hemos usado contra aquellos que nos atacaron sin previo aviso en Pearl Harbor, contra aquellos que han privado de comida, golpeado y ejecutado a prisioneros de guerra estadounidenses, contra aquellos que han abandonado toda pretensión de obedecer las leyes internacionales sobre conflictos bélicos. La hemos usado para acortar el sufrimiento de la guerra, para salvar las vidas de miles y miles de jóvenes estadounidenses”, en Preston, *Antes de Hiroshima*, pp. 371 y 372.

<sup>21</sup> Entre otros puntos, en la Declaración de Potsdam, firmada por los Estados Unidos, Reino Unido, China y tiempo después por la Unión Soviética, se decía lo siguiente: “Nos dirigimos al gobierno del Japón para que proclame de inmediato la rendición incondicional de todas las fuerzas armadas japonesas, y que proporcione garantías propias y adecuadas de su buena fe en tal acción. La alternativa para el Japón es la destrucción rápida y absoluta”, en Baldwin, “La decisión sobre Hiroshima”, p. 50.

fueron de carácter físico, ya que las ciudades de Hiroshima y Nagasaki quedaron reducidas a escombros; sus infraestructuras severamente dañadas, sus poblaciones muy mermadas y los problemas de salud de sus habitantes fueron incrementándose conforme fueron pasando los días.<sup>22</sup>

En el escenario internacional, los resultados de los ataques pronto tuvieron una primera y determinante consecuencia. El 10 de agosto, un día después del lanzamiento de la segunda bomba —*Fat Man*—, el emperador japonés Hirohito aceptó los términos de la declaración de Potsdam y la consecuente rendición incondicional. En la redacción de los términos, Japón sólo pidió que no se incluyera en el documento final “ninguna exigencia que perjudicara a las prerrogativas de Su Majestad como gobernante legítimo”. Finalmente, y a pesar de que James F. Byrnes, secretario de Estado estadounidense, nunca realizó ningún comentario acerca de dicha petición, Hirohito hizo oficial la rendición de Japón el 14 de agosto.<sup>23</sup> Al día siguiente, el emperador ofreció un discurso a su nación, expresando que “había aceptado la rendición para salvar a la humanidad de la extinción total”, añadiendo que “su gobierno había librado la guerra en defensa propia y para preservar la existencia de la nación”.<sup>24</sup> Consumado el hecho, se dio a conocer que tanto la autoridad del emperador como del gobierno japonés quedarían supeditadas a Mac Arthur, comandante supremo de las potencias aliadas, mientras que los aliados tomarían medidas para hacer efectivos los términos reales de la rendición nipona, tal y como habían quedado establecidos en la mencionada declaración de Potsdam desde el 25 de julio de 1945.<sup>25</sup>

---

<sup>22</sup> En palabras de Blackett, “la bomba atómica en su actual estado de desarrollo eleva el poder destructor de un único bombardero a un valor que es 50 a 250 veces el anterior, dependiendo esto de la naturaleza y tamaño del blanco. La capacidad destructora, dado el dominio del aire y una provisión adecuada de bombas, está fuera de toda duda. [...] Se necesitarían unas 200 salidas de aviones B-29 con explosivos de alto poder para igualar el efecto de una salida con bomba atómica. Éste fue el caso de Hiroshima y el de Nagasaki”, en Blackett, *Miedo, guerra y la bomba atómica*, pp. 75 y 76.

<sup>23</sup> Preston, *Antes de Hiroshima: De Marie Curie a la bomba atómica*, p. 371.

<sup>24</sup> Preston, *Antes de Hiroshima: De Marie Curie a la bomba atómica*, p. 359.

<sup>25</sup> *El Universal*, México, 2 de septiembre de 1945, p. 10.

Entre otras valoraciones, la rendición nipona supuso el tan esperado final de la guerra, trayendo consigo una nueva etapa caracterizada por el reordenamiento de la comunidad internacional. Nuevos retos y cuestionamientos acerca del futuro de la humanidad comenzaron a surgir y, entre los cuestionamientos que se pusieron sobre la mesa, uno destacaba por el encima del resto: ¿cómo mantener el secreto atómico? A pesar de su reciente creación, la bomba atómica se convertiría en factor clave de poder por parte de determinadas potencias, poniendo en serio riesgo la paz conseguida tras seis interminables años de guerra.<sup>26</sup>

## **EL GRAN RETO DE PRESERVAR EL SECRETO ATÓMICO**

Tras lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki en los señalados días de agosto del 45, el mundo había sido testigo del surgimiento de una nueva arma mortal sorprendente por su enorme capacidad destructiva, que vino a representar un hito en el proceso evolutivo de la ciencia y la tecnología y que, más allá de otras valoraciones, echaba por tierra cualquier estrategia militar experimentada hasta entonces. La bomba atómica no sólo era un reflejo del rápido desarrollo armamentístico gestado antes y durante la Segunda Guerra Mundial, sino que además evidenciaba el nacimiento de una nueva hegemonía en el escenario internacional. Por momentos, la impresión colectiva se reducía al siguiente binomio: poder total para quienes tenían la bomba; impotencia para los que carecían de ella.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> No hay que olvidar que, a pesar de su poderío atómico, el sentimiento de vulnerabilidad se apoderó de la sociedad estadounidense desde el momento en que se conocieron los efectos devastadores de *Little Boy* y de *Fat Man* en Hiroshima y Nagasaki. He aquí el siguiente entrecomillado “El número de muertes que podrían resultar de la detonación de una sola bomba atómica de 20 megatonnes sobre la ciudad de Nueva York, podría exceder diez veces el número total de bajas que han sufrido los Estados Unidos en todos sus campos de batalla en toda su historia anterior”, Stonier, *Desastre nuclear*, p. 19.

<sup>27</sup> En los meses que siguieron al estallido de las dos bombas atómicas en Japón, se tuvo la convicción de que “las guerras contra las grandes potencias pueden ganarse con fuerzas extremadamente reducidas, siempre que dichas fuerzas posean una provisión adecuada de bombas atómicas”, en Blackett, *Miedo, guerra y la bomba atómica*, p. 131.

Ciertamente, en el ámbito de la geoestrategia mundial, aquel país que estuviera en posesión del secreto para la fabricación de este artefacto nuclear —y los Estados Unidos lo tenían— habría de poseer un poderío difícilmente arrebatado por aquellos otros carentes de él.<sup>28</sup> La aparición de la bomba atómica en el escenario bélico había supuesto la rendición de Japón y el consecuente final de la segunda gran guerra. Sin embargo, el arranque de la posguerra, bajo la promisoriosa esperanza de crear un nuevo tiempo de paz, quedaba marcado por las grandes dudas generadas en torno a la bomba atómica. Unos cuantos días después de los lanzamientos, el periódico *El Universal* hacía balance de lo que significaba el fin de la guerra para el futuro de la comunidad internacional, haciendo un señalamiento de las repercusiones que ya se dejaban sentir en la primera etapa de la posguerra. El editorial se titulaba “La paz” y, entre otras cosas, se decía lo siguiente “No por terminada la guerra, la perspectiva que ahora tiene la humanidad delante es de color de rosa. Hay interrogaciones y sombras. Espera a los pueblos una ruda labor: la de reconstruir lo destruido. Les aguarda una ingente tarea: la de establecer, dentro de la universal fraternidad, una justiciera distribución de la riqueza, medio indispensable para que la guerra no retorne”.<sup>29</sup>

Al día siguiente de lo acaecido en Nagasaki, diversas fuentes, sobre todo de la prensa escrita en sus secciones editoriales, comenzaron a verter diversas opiniones sobre esta arma de destrucción masiva y a identificar cuáles serían sus posibles consecuencias de hacerse público el secreto de su creación. En México, de nuevo *El Universal* avanzaba la siguiente reflexión: “La bomba atómica es el motivo de consternación general. La posesión de esa arma hará inmensamente poderosos a quienes poseen su secreto e infinitamente más débiles a quienes no lo tienen”.<sup>30</sup> Por su parte, *Novedades* hacía la siguiente valoración en su columna de opinión titulada “La bomba de doble efecto”. He aquí el testimonio: “La esperanza de que, mientras el secreto de su fabricación se mantenga celosamente o en tanto que el desdichado género humano

---

<sup>28</sup> *El Universal*, México, 10 de agosto de 1945, p. 3.

<sup>29</sup> *El Universal*, México, 16 de agosto de 1945, p. 3.

<sup>30</sup> *El Universal*, México, 10 de agosto de 1945, p. 3.

no acierte a hallar otro arbitrio de destrucción más poderoso, esa arma espantosa sirva para alejar o suprimir la posibilidad de la guerra en el porvenir. Los que detentan en sus manos el poder de destruir *ad libitum* a las naciones, pueden también imponerles la obligación de mantenerse en paz, de desechar la guerra como arbitrio supremo para dirimir las disputas internacionales”.<sup>31</sup>

En la misma línea, *El Popular* también hizo hincapié en lo que significaba el descubrimiento del arma mortal y cómo la posesión de su secreto podría verse como algo “enfermizo”, si bien la aceptación del peligro y las múltiples repercusiones negativas quedaban aminoradas por el simple hecho de que la bomba atómica había logrado poner el fin a la guerra. He aquí este entremillado del periódico cetemista “[...] los norteamericanos, recogiendo y superando vastas investigaciones científicas, acaban de poner en actividad el más asombroso de los medios explosivos conocidos, con la misteriosa y diabólica bomba atómica, que hace intervenir la energía esencial del universo en las tremendas luchas de los hombres”.<sup>32</sup>

Estas publicaciones, entre otras tantas, eran tan sólo un ejemplo de cómo un tema como el secreto de la bomba atómica, así como las opiniones acerca de éste, comenzaban poco a poco a salir a la luz y a crear serios cuestionamientos en cuanto a la posesión del arma mortal y de cómo afectaría al orden y equilibrio internacionales, así como a la agenda de los países que se encontraban más involucrados. Hasta ese momento, el secreto de la fórmula para crear bombas nucleares estaba en manos de tres países: Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá. Si bien el liderazgo recayó sobre el primero, los otros participaron en la ejecución del Proyecto Manhattan, con lo cual estaban al tanto del poder atómico y de sus posibles repercusiones. Otra cosa bien distinta es que se contara con la infraestructura adecuada para ejecutarlo e incluso con la voluntad política.

El 9 de agosto, el presidente Truman hizo unas elocuentes declaraciones donde aseveró que los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá

---

<sup>31</sup> *Novedades*, México, 9 de agosto de 1945, p. 4.

<sup>32</sup> *El Popular*, México, 9 de agosto de 1945, p. 7.

no revelarían el secreto de la bomba atómica “sino hasta que se hayan encontrado medios para controlar la bomba, de suerte que podamos protegernos y proteger al resto del mundo contra el peligro de la destrucción total”.<sup>33</sup> El 12 de agosto de 1945, *Novedades* dio a conocer un artículo escrito por James D. Shite, corresponsal de la agencia de noticias *United Press*, para quien el poder atómico de los dos aliados anglosajones era “incontrastable” y que, por consiguiente, no darían a conocer “el secreto de la bomba hasta haberla controlado”. He aquí su testimonio, por cierto, haciéndose eco de las declaraciones del presidente Truman realizadas tan sólo unos días antes: “Armada con la fuerza atómica, la democracia anglosajona se encuentra por el momento convertida en la directora del porvenir de la humanidad”. Así, “la amenaza del aniquilamiento total de grandes segmentos de la humanidad, que antes nunca había sido practicable como ahora, puede convertirse en una realidad”. Finalmente, y entre otras valoraciones, el corresponsal de *United Press* hacía alusión al “enorme cambio” en el juego de equilibrios entre las grandes potencias, “definidamente en favor de los que tienen en sus manos esta nueva amenaza”.<sup>34</sup>

No había duda de que ambos países anglosajones se encontraban en la gran encrucijada que suponía tener entre sus manos el secreto de esta nueva arma mortal. Si en algo estaban de acuerdo el presidente Truman y el primer ministro británico Clement Attlee era en que el secreto de la bomba atómica tenía que ser celosamente guardado hasta que los gobiernos de ambos países no estuvieran en condiciones de asegurarse los estudios necesarios que les permitiera su control. El mandatario inglés —a través de un discurso pronunciado en Londres el 12 de agosto de 1945—, compartió su esperanza de que el descubrimiento de la bomba atómica representara un paso hacia adelante para estar más cerca de la paz y que, lejos de ser un medio para la destrucción de los pueblos, se convirtiese “en una perenne fuente de prosperidad mundial”.<sup>35</sup>

---

<sup>33</sup> *Novedades*, México, 12 de agosto de 1945, p. 6.

<sup>34</sup> *Novedades*, México, 12 de agosto de 1945, p. 6.

<sup>35</sup> *Novedades*, México, 13 de agosto de 1945, p. 2.

Por su parte, los Estados Unidos eran conscientes de que la posesión del secreto de la bomba atómica representaba, aunque en beneficio propio, un gran desequilibrio en la balanza de poder a escala mundial. El hecho de contar con la fórmula de su fabricación significaba un gran escudo protector para la potencia norteamericana en el caso de que se desatara otro conflicto mundial o, simplemente, de recibir una seria amenaza por parte de alguna potencia enemiga. El mundo seguía inmerso en el lenguaje de la guerra. El 18 de agosto, el general Henry H. Arnold, jefe de las Fuerzas Aéreas Americanas, declaró que “otra guerra significaría inevitablemente el empleo de aviones sin piloto, con velocidades mayores que la del sonido, bombas atómicas de poder destructor de pesadilla y proyectiles guiados desde lejos capaces de hacer blanco con absoluta precisión en un objetivo en cualquier parte del mundo”. Su valoración final tuvo el siguiente tono de advertencia “Si surgiera otro agresor para atacar a las naciones amantes de la paz, [Estados Unidos] atacará con esta clase de armas”.<sup>36</sup>

Sin duda alguna, dichas declaraciones fueron determinantes en el sentido de que todo hacía indicar que el potencial militar estadounidense seguía su particular proceso de desarrollo y que el hecho de contar con el secreto de la bomba atómica era una punta de iceberg, en el sentido de que no hacía sino advertir de la tenencia de su gran arsenal. Para el general Arnold, y en su condición de potencia militar ascendente, los Estados Unidos eran el verdadero “guardián de la paz” y, por consiguiente, tenían la gran responsabilidad de “mantenerse a la vanguardia del mundo en el adelanto científico”, lo que “haría pensar el doble a los demás antes de intentar formular un ataque”.<sup>37</sup>

En aquella coyuntura histórica, la prensa mexicana venía haciendo una gran labor para recabar información relevante acerca de la creación

---

<sup>36</sup> *El Popular*, México, 18 de agosto de 1945, p. 1. De hecho, en julio de 1946 la marina norteamericana efectuó en el atolón de Bikini (Islas Marshall) dos pruebas con bombas atómicas. Fue una operación en la que intervinieron cerca de 42,000 hombres para estudiar los efectos de una explosión atómica en el aire y de otra bajo el agua. En Mosqueira, *El secreto de la bomba atómica*, p. 10.

<sup>37</sup> *El Popular*, México, 18 de agosto de 1945, p. 1.

de esta nueva arma y de las consecuencias que había traído consigo el lanzamiento de las dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Periódicos como *El Universal*, *Excelsior*, *Novedades* y *El Popular* ofrecieron una amplia cobertura durante el desarrollo del conflicto nipón y los primeros compases de la posguerra. Dentro de este problema, que cada vez alcanzaba mayores dimensiones, el tema del secreto atómico se volvía cada vez más relevante, lo que generó multitud de opiniones y no pocos análisis sobre el panorama mundial una vez conocido el enorme poder destructor de la energía nuclear.

El 16 de agosto de 1945, *Novedades* entrevistó al secretario de Relaciones Exteriores de México, Ezequiel Padilla, quien expresó abiertamente su sentimiento de felicidad tras conocerse la noticia de que el ataque estadounidense a Japón había puesto el punto final a la guerra. Padilla también hizo hincapié en las medidas que, pensando en las nuevas generaciones, debían tomarse para la preservación de la paz. En sus declaraciones, abogó por mantener “el fuego por los valores espirituales del hombre”, continuar “la lucha contra el odio, la explotación, la impostura y la opresión que representó Hitler” y combatir por “la fraternidad, el bienestar [y] la libertad de todos los hombres, que fue la causa por la cual se inmolaron millones de seres humanos”. En su apreciación final hacía una clara alusión al grave peligro atómico. He aquí sus palabras: “El fuego ha cesado, pero el peligro de la destrucción humana terminará hasta que los hombres y los pueblos practiquen la justicia y vivan la libertad”.<sup>38</sup> Por consiguiente, el responsable de relaciones exteriores del gobierno de Manuel Ávila Camacho se mostraba partidario de controlar la producción de la bomba atómica, así como de guardar celosamente el secreto de su creación, al menos durante algún tiempo, porque en cualquier momento “esa fuerza infernal podría caer en manos equivocadas de poderes irresponsables”.<sup>39</sup>

Las declaraciones del canciller mexicano eran todo un presagio, ya que todo parecía indicar que el secreto de la bomba atómica no tardaría mucho

---

<sup>38</sup> *Novedades*, México, 16 de agosto de 1945, p. 1.

<sup>39</sup> *Novedades*, México, 16 de agosto de 1945, p. 1.

tiempo en ser conocido por otras potencias. El 21 de agosto, el estadista Staffor Crips, parlamentario laborista británico y presidente del Consejo de Comercio, publicó un artículo en el periódico *El Popular*, donde afirmaba que, dentro de muy poco tiempo, las grandes potencias tendrían el secreto del arma de destrucción masiva, por lo que era indispensable evitar a toda costa una nueva guerra. Haciendo un ejercicio de comparación, el estadista inglés hacía alusión a lo que unos años antes había sucedido con la evolución tecnológica de la aviación militar que, a la postre, se había vuelto en contra de las potencias que la habían desarrollado. He aquí su valoración: “En el caso de la aviación, hemos fracasado completamente en controlar esa fuerza que desarrollamos. Eso fue bastante malo, pero cuando se trate de la bomba atómica las consecuencias serán 10 mil veces peores”.<sup>40</sup> Para Crips, el control de la bomba atómica, así como el manejo eficiente y responsable de su secreto, era la mejor política para evitar otra guerra, por lo que instaba a las potencias tenedoras a no permitir que se propagase este poder de destrucción masiva.

Al tenor de estos testimonios era evidente que la fuerte tensión generada por la posesión del secreto atómico iba en aumento, más aún después de que la Unión Soviética mostró y demostró su interés en poseerlo. Así, y mientras que los Estados Unidos se mantenían firmes en su idea de ser guardianes de esta arma de destrucción masiva, las opiniones en cuanto a la tenencia del secreto atómico se mostraban cada vez más divididas. El 22 de agosto, desde Londres, Sydney Silverman, conocido por sus tendencias prosoviéticas, pidió en la Cámara de los Comunes que el secreto de la bomba atómica no fuera un patrimonio exclusivo de los aliados, bajo el argumento de que “el conocimiento y uso exclusivos de la bomba atómica por una sola potencia convertiría en una insensatez el concepto total de la seguridad colectiva”. Las declaraciones del líder laborista Silverman salían al paso de la declaración oficial que los Estados Unidos habían hecho previamente, en donde proponían retener la posesión exclusiva del secreto.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> *El Popular*, México, 21 de agosto de 1945, p. 3.

<sup>41</sup> *Novedades*, México, 22 de agosto de 1945, p. 1 (segunda sección).

Como decimos, a medida que la disputa por el secreto de la bomba atómica iba *in crescendo*, cada vez más actores se iban involucrando en este debate, más aún desde el momento en que una potencia como la Unión Soviética comenzaba a mostrar interés en la posesión y control de la energía nuclear y el conocimiento de la fórmula atómica. El 23 de agosto y desde Londres, Konni Zilliacus, quien había sido funcionario del secretariado de la Sociedad de las Naciones durante 19 años, pidió a los Estados Unidos y a Gran Bretaña que compartiesen el secreto de la bomba atómica a la Unión Soviética de Stalin, para evitar “una carrera en la investigación atómica entre las grandes potencias”. Al mismo tiempo, solicitaba a ambos gobiernos que hicieran saber, de manera clara y taxativa, que no tenían intenciones de emplear el poder atómico en contra de los soviéticos. A su vez, recalcó que “la unión de las cinco grandes potencias depende principalmente y sobre todo del acuerdo de la bomba atómica” y dejó claro que, de no lograr una solución sobre la posesión del secreto de la construcción de la bomba, esto llevaría “inevitablemente a problemas entre las potencias y a la creación de un poder hegemónico que contaría con toda la fuerza armamentista para mantenerse por encima de los demás”.<sup>42</sup>

A principios de octubre del 45, la posición de los Estados Unidos en cuanto al secreto atómico parecía más clara. El segundo día de dicho mes, la subcomisión de Presupuesto de la Cámara hizo la recomendación al presidente Truman de que los Estados Unidos retuvieran, “con características permanentes”, el secreto de la bomba atómica con otras naciones aliadas, siempre y cuando no se hubieran realizado “nuevos y más profundos estudios sobre el particular”.<sup>43</sup> Ante la trascendencia de las

---

<sup>42</sup> *El Popular*, México, 24 de agosto de 1945, p. 2.

<sup>43</sup> *El Universal*, México, 2 de octubre de 1945, p. 2. El 3 de octubre de 1945, el presidente Truman se dirigía al Congreso estadounidense para transmitir, entre otros mensajes, el siguiente: “La civilización exige que alcancemos en el menor tiempo posible un ordenamiento satisfactorio para el control de la energía atómica de modo que llegue a ser una influencia poderosa y eficaz en el mantenimiento de la paz mundial en lugar de un instrumento de destrucción. [...] La esperanza de la civilización se basa en la posibilidad de concluir acuerdos internacionales que lleguen, en lo posible, a la renuncia del uso y desarrollo de la bomba atómica”, en Blackett, *Miedo, guerra y la bomba atómica*, pp. 164 y 165.

declaraciones, la prensa se hizo eco de inmediato de la propuesta que se le hacía al presidente estadounidense. Se temía que, cuanto más tiempo se mantuviera el secreto, más tiempo tendrían los científicos estadounidenses para perfeccionar sistemas y armas de defensa contra el arma mortal. El periódico *Excelsior* publicaba un artículo con el elocuente título “Truman se opone a compartir el secreto de la bomba atómica”, que hacía la siguiente valoración “Todos los indicios son de que el presidente Truman —quien dirá la última palabra en relación con el futuro de la bomba atómica— no es partidario de compartir el secreto con otras potencias”.<sup>44</sup>

El mundo entraba en una incierta posguerra, condicionada por el presente y el futuro de la bomba atómica. Por momentos, se creía que cuantas más investigaciones se realizaran y más se supiera de este delicado asunto, más difícil se volvería para un solo gobierno ocultar el desarrollo de las armas atómicas. En palabras de Walter Lippmann, periodista y comentarista político estadounidense, “cuando un hombre sabe la mayor parte de lo que hay que saber sobre una cuestión, un detalle, la más leve alusión, le dará el resto, o bien lo pondrá en camino de conocerlo”.<sup>45</sup> En ese momento, muchos coincidían en que los Estados Unidos no tenían como objetivo político mantener el secreto de la bomba —su misión parecía imposible—, sino que el verdadero fin debía ser, en todo caso, evitar el uso secreto del conocimiento como un elemento de sorpresa en materia militar. En palabras de Lippmann, “a aquellos que se declaran partidarios de que sólo los Estados Unidos guarden el secreto, creo que hay que replicarles que, por el contrario, la manera más segura de guardarlo es evitar que se convierta en secreto en alguna parte”.<sup>46</sup> En la misma línea, el Secretario de Comercio de los Estados Unidos, Henry A. Wallace, declaró que “pretender mantener en secreto la bomba atómica es ir al desastre”, ya que, de acuerdo con su punto de vista, “aun cuando los Estados Unidos dispusieran de un gran arsenal

---

<sup>44</sup> *Excelsior*, México, 4 de octubre de 1945, p. 7.

<sup>45</sup> Lippmann, Walter, “El secreto atómico”, en *Excelsior*, México, 10 de octubre de 1945, p. 3.

<sup>46</sup> Lippmann, Walter, “El secreto atómico”, en *Excelsior*, México, 10 de octubre de 1945, p. 3.

de bombas atómicas, otro país podría destruir a los Estados Unidos con un menor número de armas atómicas”, haciendo hincapié en que la Unión Soviética “ya estaba generando adelantos extraordinarios en la investigación científica”.<sup>47</sup>

Para aquel entonces, el imaginario de la comunidad científica del momento se nutría de nuevas hipótesis, por cuanto el futuro de la humanidad dependía de la gestión responsable de esta “mortal amenaza”. Desde *Novedades*, Oscar Méndez Cervantes, en su artículo titulado “Otra vez la bomba”, se dio a la tarea de recopilar testimonios de destacados físicos que daban a conocer las diferentes consecuencias que podría traer la presencia de esta nueva arma: “Dentro de pocos años, dice alguno, si ello no se remedia previamente, bastará que desde Rusia se oprima un botón para que ciudades enteras de este continente vuelen en pedazos”. Afín a esta predicción, otra de las observaciones era la siguiente: “Todas las naciones estarán saturadas de bombas atómicas para el año de 1955, si no se logra la unidad internacional: el conocimiento del poder atómico ha hecho imperativo para el hombre encontrar un medio de evitar la guerra o traer la muerte y el desastre a grandes extensiones de la tierra”.<sup>48</sup> De igual manera, y siguiendo la línea de la proliferación de bombas atómicas, aún más poderosas incluso, 400 científicos —implicados en la fabricación del arma atómica— se hicieron presentes en el escenario público por medio de un comunicado, donde aseveraron que “las tentativas para ocultar el secreto al resto del mundo conducirían a una guerra interminable y más feroz que la última” y donde exteriorizaron la creencia de que tal vez fuera necesaria la abolición del secreto como pauta de comportamiento de las relaciones nacionales e internacionales, con el objetivo de que “todos los laboratorios, industriales e instalaciones militares pudieran tener un libre acceso a la energía atómica”.<sup>49</sup>

---

<sup>47</sup> Lippmann, Walter, “El secreto atómico”, en *Excélsior*, México, 10 de octubre de 1945, p. 3.

<sup>48</sup> *Novedades*, México, 15 de octubre de 1945, p. 4.

<sup>49</sup> “No guardarán ya el secreto de la atómica”, en *Excélsior*, México, 14 de octubre de 1945, p. 1.

Mientras que la comunidad científica expresaba sus puntos de vista alrededor de este conflicto, los países involucrados continuaban defendiendo sus posiciones conforme con sus intereses estratégicos. El 18 de octubre, *El Universal* publicó, a través de un artículo informativo, que dos de los más destacados expertos estadounidenses en bombas atómicas habían advertido que si se daba a conocer el secreto de la energía atómica se debilitaría la posición militar de los Estados Unidos y que, en el caso de ser necesario, se tendría que establecer una organización mundial para controlar esta arma como medio para evitar otra guerra. De igual modo, manifestaron la urgencia de tomar medidas con el fin de evitar la competencia para la fabricación de armas atómicas, ya que esto, como ya lo habían señalado antes otros representantes de la comunidad científica internacional, generaría “horrores y destrucción inimaginables”.<sup>50</sup>

La tesis de la pertinencia de que el secreto atómico quedase en manos de una organización mundial ya había sido presentada algunos meses atrás. Durante el mes de agosto de 1945 había sido publicado un artículo en *Novedades* donde se informaba acerca de que la bomba atómica se convirtiese en “el arma de las Naciones Unidas para imponer la paz, mediante una fuerza aérea especial de policía, dotada con el secreto y terrible proyectil, e integrada de dicha fuerza por elementos de los Estados Unidos y la Gran Bretaña”.<sup>51</sup> También se asomaba la posibilidad de poner todos aquellos inventos científicos de relevancia militar bajo estricta custodia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, una vez que esta nueva organización lograra su consolidación institucional.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> *El Universal*, México, 18 de octubre de 1945, p. 1.

<sup>51</sup> *Novedades*, México, 8 de agosto de 1945, p. 1.

<sup>52</sup> Es importante resaltar que, para estas fechas, la ONU apenas figuraba como un proyecto de alcance mundial, a la postre, como un verdadero reemplazo de la malograda Sociedad de las Naciones. El carácter incipiente del nuevo organismo internacional, concebido para la preservación de la paz en el nuevo tiempo de posguerra, era razón suficiente para dudar sobre la pertinencia de dejar bajo su custodia no sólo el secreto de la bomba atómica, sino también otro tipo de armas con alto poder destructivo que pudieran fabricarse en el futuro.

Sin embargo, para mediados del mes de octubre de 1945 esta opción volvía a tomar fuerza a tenor de las declaraciones de determinados actores de la comunidad internacional. Por ejemplo, en su último consejo como Secretario de Guerra estadounidense, Henry L. Stimson hizo lectura de un memorando donde sustentaba la tesis de que la única forma de evitar que la bomba atómica se convirtiera en un instrumento para el fomento de la competencia de armamentos era la entrega de su secreto a las Naciones Unidas. La propuesta apuntaba, por lo tanto, a las Naciones Unidas como el gran órgano supranacional que podía, y debía, ser el encargado de mantener el secreto de la nueva arma de destrucción masiva.<sup>53</sup>

Mientras continuaba el debate sobre la pertinencia de que fuera la ONU la organización depositaria del secreto atómico, el programa de acción de las potencias aliadas, especialmente de los Estados Unidos, continuaba siendo fuertemente cuestionado. Como es sabido, el uranio era el compuesto principal para la creación de la bomba atómica, lo que llevó a la comunidad internacional a poner en tela de juicio si la posesión de este elemento se habría de convertir en una nueva disputa entre las potencias. El 27 de octubre de 1945, *El Universal* publicó un interesante artículo con el título “¿Se aprovecharían los Estados Unidos de su poderío para apoderarse, por ejemplo, del uranio del Congo Belga?”.<sup>54</sup> Detrás de la pregunta se ocultaba una velada acusación, ya que no sólo se temía por la posesión del secreto atómico, sino también por un progresivo apoderamiento de los “ingredientes” necesarios para la fabricación nuclear como el uranio o el plutonio. Así, y por momentos, parecía advertirse un nuevo escenario internacional bajo la idea de un inminente “imperialismo atómico”. En cuanto a las acusaciones, los jefes norteamericanos no perdieron el tiempo en dar respuesta, afirmando que no se abrigaba ningún tipo de ambición territorial, rechazando, en consecuencia, aquellas insinuaciones de que los Estados Unidos emplearían una táctica de corte imperialista para asegurarse el control de las materias primas necesarias para la producción atómica. Al mismo tiempo, desde Washington se negaba

---

<sup>53</sup> Hayden, Jay G., “La bomba y los rusos”, en *Excelsior*, México, 22 de octubre de 1945, p. 3.

<sup>54</sup> *El Universal*, México, 27 de octubre de 1945, p. 4.

cualquier intención de apoderarse de las bases militares que permanecerían hasta entonces bajo el control de los países aliados. El argumento fue contundente “La protección de ese secreto es aún más importante para la seguridad nacional que la conservación de bases”.<sup>55</sup>

Uno de los principales defensores de la idea que fueran los Estados Unidos los únicos en mantener la exclusividad del secreto atómico fue el mismo Albert Einstein. A fines de octubre del 45, *El Popular* publicaba una nota informativa de Joseph Nolan, corresponsal de *United Press*, donde se hacía eco de unas declaraciones del mundialmente conocido profesor y científico alemán de origen judío. En opinión de Einstein, el monopolio atómico era fundamental y, por consiguiente, ni debía ser custodiado por las Naciones Unidas ni debía caer en manos de la Unión Soviética. Y esto así, bajo la advertencia de que, si en el futuro llegase a estallar una guerra atómica, “exterminaría quizás a dos terceras partes los dos mil millones de habitantes que tiene la tierra”.<sup>56</sup> Bajo la sombra de esta devastadora suposición —nada descabellada, dicho sea de paso—, Einstein se atrevía a asegurar que el secreto atómico sólo se encontraría seguro bajo la protección estadounidense, al menos hasta que pudiera consumarse un gobierno mundial que “podría ser construido bajo la intimidación de la raza humana, como resultado de los ataques perpetrados en territorio Nipón”. El establecimiento de un nuevo gobierno mundial —señaló Einstein— tendría que estar a cargo de una “coalición formada por los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética”, y ella recibiría “los detalles de sus verdaderos efectivos militares”. He aquí su observación: “En virtud de que los Estados Unidos y la Gran Bretaña poseen el secreto de la bomba atómica, y Rusia no, deberían invitar a la Unión Soviética a preparar y presentar el primer boceto de constitución del proyectado gobierno mundial”. Para añadir lo siguiente: “No tratamos de conservar el secreto de la bomba sólo para mantener nuestro poderío, sino con la esperanza de mantener la paz por medio de un gobierno mundial”.<sup>57</sup> Y a pesar de que el profesor Einstein tenía dudas acerca de que este nuevo

<sup>55</sup> *El Universal*, México, 27 de octubre de 1945, p. 4.

<sup>56</sup> *El Popular*, México, 27 de octubre de 1945, p. 6.

<sup>57</sup> *El Popular*, México, 27 de octubre de 1945, p. 6.

gobierno pudiera convertirse en una tiranía, aseguraba que era preferible a que finalmente se desatara una tercera guerra mundial.<sup>58</sup>

El 31 de octubre de 1945, mientras continuaba el debate sobre el paradero definitivo del secreto de la bomba atómica, el capitán británico A. R. Blackburn aseguró en la Cámara de los Comunes que Inglaterra poseía “completamente el secreto de la fabricación de la bomba, que también incluía los detalles técnicos”. Durante esta reunión se pidió la creación de una conferencia mundial, con el único propósito de “internacionalizar el control de las investigaciones y de la producción en la energía atómica”.<sup>59</sup> Inglaterra comenzaba a definir su posición en cuanto al secreto atómico. La Asociación Científica Inglesa empezó a pedir que se levantara el secreto de la bomba nuclear y exigía que “se publicaran sin restricciones los resultados de las investigaciones y trabajos científicos”.<sup>60</sup> Dicha labor debía hacerse con la ayuda de las instituciones científicas de todo el mundo, con el fin de generar una cooperación que pudiera crear una verdadera comisión sobre la energía atómica.<sup>61</sup>

Al respecto, la Unión Soviética comenzó a tomar un papel muy importante en la disputa por la obtención del secreto de la bomba atómica. Empero, la presencia de la URSS en estas negociaciones no causaba gran

---

<sup>58</sup> En palabras de Fernand Gigon, Einstein sabía perfectamente que “no existe poder alguno en el mundo que impida a los hombres jugar con fuerzas superiores a su razón y marchar de este modo hacia un suicidio colectivo”, en Gigon, *Horror en cadena*, p. 15.

<sup>59</sup> “Inglaterra logró con éxito su primera prueba nuclear el 2 de octubre de 1952 en la Isla de Montebello, cerca de Australia, en el Pacífico Sur”, en *El Universal*, México, 31 de octubre 1945, p. 1.

<sup>60</sup> *El Universal*, México, 2 de noviembre de 1945, p. 1.

<sup>61</sup> Para fines de 1945, las Naciones Unidas crearon la llamada Comisión de la Vigilancia Atómica, que debía proceder con “la mayor diligencia” a investigar todas las fases del problema atómico y a “presentar recomendaciones”, en *Excélsior*, México, 28 de diciembre de 1945, p. 1. Así, el 31 de diciembre de 1946 el Comité de la Energía Atómica remitió al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas un primer y gran informe donde, entre otras cosas, se sugería a los Estados miembros “controlar la energía atómica en la medida necesaria para asegurar que sólo sea utilizada con fines pacíficos. [...] Que el control efectivo de la energía atómica depende del control efectivo de la producción y uso del uranio, torio y sus derivados fisionables”, en Blackett, *Miedo, guerra y la bomba atómica*, p. 297.

satisfacción ni a los Estados Unidos ni a Gran Bretaña. El descontento fue en aumento, aunque no fue sino hasta el 7 de noviembre cuando se hizo patente la necesidad de los aliados de dejar fuera a la URSS, principalmente, a raíz de un comunicado de Vyacheslav Molotov, comisario soviético de Relaciones Exteriores, quien afirmó que “la bomba atómica no puede guardarse en secreto”, haciendo después la promesa de que la Unión Soviética acabaría por tener la bomba atómica.<sup>62</sup> Tras dicha declaración, el ex primer ministro británico Winston Churchill manifestó que, si las cosas hubiesen sido diferentes, la Rusia soviética no habría compartido con nadie el secreto atómico, por lo que recomendó a su sucesor —el primer ministro Clement R. Attlee— que “en sus próximas pláticas en Washington no hiciera presión sobre los Estados Unidos para que éstos revelasen los detalles de fábrica de la bomba”. Sin embargo, a pesar de haber demostrado su apoyo a los Estados Unidos en materia de posesión del secreto atómico, Churchill manifestó que era necesidad urgente que Gran Bretaña comenzara a fabricar sus propias bombas atómicas y tenerlas en el país, aunque fueran fabricadas en algún otro territorio; asimismo, afirmó que el futuro de esta arma mortal debía ser decidido por los parlamentos y gobiernos responsables y no “por los hombres de ciencia”.<sup>63</sup> Las palabras de Churchill demostraron que las intenciones de Gran Bretaña no estaban dirigidas a que el secreto de la bomba se mantuviera guardado, con el fin de detener la creación y proliferación de esta arma, si no para evitar que la Unión Soviética, en particular, se hiciera con esta clase de energía. Tanto los Estados Unidos como

---

<sup>62</sup> “Rusia reclama el secreto de la bomba atómica”, en *Excelsior*, México, 7 de noviembre de 1945, p.1. Todo hacía indicar que, tarde o temprano, la Unión Soviética, la gran rival de los Estados Unidos en la Guerra Fría, se habría de hacer con el secreto atómico bien por la vía de la experimentación científica, bien por la vía del espionaje. En este último aspecto, y como planteó Justin Atholl, “el robo de secretos atómicos plantea nuevos problemas de espionaje. [...] Los rusos tenían un sistema de espionaje bien establecido por todo el mundo, capaz de adaptarse perfectamente a los nuevos problemas que plantea la investigación atómica”, en Atholl, *Cómo se enteró Stalin*, pp. 20 y 206.

<sup>63</sup> “Qué gran hombre, ese Stalin, pero no le den la bomba atómica, declaró W. Churchill”, en *Excelsior*, México, 8 de noviembre de 1945, p. 14.

Inglaterra desconfiaban de los usos que la Rusia soviética podría dar al arma nuclear, ya que, de entrada, su control habría de incrementar su poderío geoestratégico.<sup>64</sup>

Mientras tanto, las negociaciones continuaban acerca de la posesión del secreto atómico. Los mandatarios de los Estados Unidos y Gran Bretaña, principalmente, seguían expresando sus puntos de vista e intentaban llegar a un acuerdo que albergara la solución definitiva sobre aquella arma de destrucción masiva. Mientras que el presidente Truman se declaraba partidario de poner la bomba “fuera de la ley”, el primer ministro británico Attlee proponía ponerla bajo vigilancia de las Naciones Unidas,<sup>65</sup> a la que vez que se manifestaba partidario de que el secreto fuera compartido con los demás países que formaban este organismo internacional. Asimismo, Attlee remarcó de manera puntual que aquellos que recibieran el “gran secreto” deberían prometer por adelantado que no lo usarían en forma perjudicial contra ningún país miembro de las Naciones Unidas.<sup>66</sup>

Finalmente, y tras diversas especulaciones acerca del rumbo que tomaría la posesión del arma y las teorías que apuntaban a que se mantendría la bomba como un arma secreta anglo-americana,<sup>67</sup> el 14 de noviembre de 1945 Truman y Attlee llegaron a un acuerdo general que establecía los pasos a seguir para que un grupo internacional vigilara el proceso de fabricación de la bomba atómica.<sup>68</sup> De igual manera, se anunció la creación de un plan para que el arma de destrucción masiva fuera vigilada por el recién formado Consejo de Seguridad de

---

<sup>64</sup> “La desconfianza rusa se encuentra tras de las actuales dificultades de los tres grandes. Se ha puesto de moda, desde Hiroshima, decir que Rusia tiene suspicacia de los Estados Unidos debido a la bomba atómica”, en “Truman y Attlee decidieron el destino de la bomba atómica”, en *Excélsior*, México, 14 de noviembre de 1945, p. 1.

<sup>65</sup> “Truman y Attlee discuten acerca de la bomba”, en *Excélsior*, México, 11 de noviembre de 1945, p. 1.

<sup>66</sup> “Cree Attlee que hay que compartir el gran secreto”, en *Excélsior*, México, 12 de noviembre de 1945, p. 2.

<sup>67</sup> *El Popular*, México, 16 de noviembre de 1945, p. 2.

<sup>68</sup> “Truman y Attlee decidieron el destino de la bomba atómica”, en *Excélsior*, México, 14 de noviembre de 1945, p. 1.

las Naciones Unidas y que este mismo organismo fuera el responsable de concentrar y guardar los informes científicos.<sup>69</sup>

## **A MODO DE FINAL: LA AUSENCIA DE UNA GARANTÍA PARA LA PAZ**

Como se ha puesto de manifiesto en estas páginas, la fabricación de la bomba atómica y su uso militar durante la Segunda Guerra Mundial representaron un verdadero cambio de paradigma en el ámbito internacional. La posguerra, al menos hasta el 29 de agosto de 1949 cuando los rusos hicieron estallar su primer artefacto nuclear —su *RDS-1*—, quedaría marcada por el presente y futuro de aquel artefacto nuclear, en especial, del tan manido secreto atómico. Si bien lo acontecido en Hiroshima y Nagasaki —6 y 9 de agosto de 1945, respectivamente— fueron los eventos que pusieron fin a seis largos años de destrucción y muerte, el lanzamiento de aquellas dos bombas sobre población civil no resultaría un hecho aislado, sino que, entre sus múltiples repercusiones, supuso un repentino y marcado desequilibrio en la balanza de poder.

A partir de entonces, y más que nunca, la hegemonía de una nación residiría en la calidad destructora de su armamento y en su capacidad para controlar con fines militares la sorprendente y destructiva fisión del átomo. La brecha se fue haciendo mayor. La desconfianza entre los miembros de la comunidad internacional siguió en aumento no sólo cuando se planteó el problema de la gestión del secreto atómico, sino cuando países como los Estados Unidos se autodesignaron como los únicos guardianes del secreto.

En el periódico *Excelsior*, el mencionado comentarista político estadounidense Walter Lippmann avanzó una interesante reflexión en una columna titulada “Exégesis internacional”. En su opinión, Washington y Londres habían tardado demasiado en tomar una decisión acerca del paradero del secreto de aquella arma tan mortífera y que no había

---

<sup>69</sup> “Truman y Attlee decidieron el destino de la bomba atómica”, en *Excelsior*, México, 14 de noviembre de 1945, p. 1.

hecho sino enrarecer el clima diplomático internacional. “Si la declaración sobre la energía atómica hubiese sido hecha en agosto en vez de noviembre —escribió Lippmann—, hubiese sido recibida como un inspirado acto de estadistas. Pero durante estos tres meses de tardanzas, la atmósfera internacional se envenenó tanto, que hay que utilizar esta proposición ahora para empezar a remediar el mal, que tanto hubiera contribuido a evitar la declaración si se hubiese hecho antes. No hay nada en la declaración que no se hubiera podido decir en agosto, propuesto en Potsdam y anunciado al mundo después de la rendición del Japón”.<sup>70</sup>

Como bien mencionaba Lippmann, el tiempo invertido en tomar una decisión fue un factor muy importante, una dilación que propició que se hicieran diversas conjeturas acerca de esta problemática. Si bien se venía celebrando el fin de la segunda gran guerra, sus meses siguientes abrigaron un ambiente de incertidumbre e inseguridad. El secreto atómico generó infinidad de opiniones, muchas de ellas encontradas. Por una parte, se creía que la energía nuclear supondría el establecimiento de una paz obligada, que sólo era viable bajo la amenaza de un posible ataque nuclear en cualquier momento y en cualquier parte del mundo; por la otra, existía el miedo de que la posesión del secreto nuclear, muy lejos de propiciar la paz duradera, provocaría aún más conflictos bélicos y hasta el estallido de una tercera guerra mundial en un futuro no muy lejano.

Afortunadamente, y a pesar de que la segunda hipótesis no se ha cumplido hasta la fecha y la humanidad no ha padecido un conflicto del tamaño de la Segunda Guerra Mundial —conflictos no han faltado, sin embargo—, la idea de esta paz obligada sí resultó ser cierta. La carrera armamentista fue en aumento durante las décadas siguientes y los países fueron postergando otros temas de bienestar como la salud, la educación, la vivienda o la alimentación, para dar prioridad a la adquisición desmedida de armamento, con el fin de pagar la llamada “cuota por la paz”.<sup>71</sup>

Al respecto, y a pesar de su génesis incipiente, es importante resaltar la relevancia que tuvo la Organización de las Naciones Unidas como

---

<sup>70</sup> Lippmann, Walter, “La declaración atómica”, en *Excelsior*, México, 1 de diciembre de 1945, p. 3.

<sup>71</sup> García, *La bomba y sus hombres*, pp. 126 y 127.

sucesora de la Sociedad de las Naciones.<sup>72</sup> El establecimiento de un organismo supranacional que hiciera las veces de árbitro en este tipo de debates era de vital importancia, y su creación representó un punto clave en el tema nuclear en lo que sería el futuro de la humanidad. Walter Lippmann, en su artículo “La declaración atómica”, subrayó la importancia de la autoridad de la ONU a la hora de regular los comportamientos, tanto de los individuos como de las naciones, por medio de convenios y tratados. Sólo así, se podría “invocar el principio de que las reglas y reglamentos aceptados por los gobiernos obligarán también a los individuos. De esta manera la violación de los acuerdos se convertiría, como la piratería, en un crimen por el cual los individuos podrían ser juzgados y castigados”.<sup>73</sup> Sin duda, y más que nunca, era obligado que los países pudieran acordar una agenda común mediante la firma de tratados y la instauración de marcos normativos que, poco a poco, fueran regulando las relaciones entre las naciones bajo la tutela de las Naciones Unidas. Y esto así, porque como acertadamente advirtiera el gran mariscal ruso Alexei Sokolov, “el sólo hecho de que la energía atómica sea tremenda no es una garantía de paz, como no lo fue en su tiempo la dinamita”.<sup>74</sup>

---

<sup>72</sup> Recordemos que el 8 de diciembre de 1953, ya durante la Guerra Fría, el presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, pronunció en la Asamblea General de la ONU un célebre discurso intitulado “Átomos para la Paz”, que acabaría siendo el soporte para la creación en 1957 del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA). El problema de la energía nuclear, para el bien de la humanidad, quedaría definitivamente encauzado en el marco del diálogo y concierto internacional. Al respecto, véase Chernus, *Eisenhower's Atoms for Peace*. pp. 162.

<sup>73</sup> Lippmann, Walter, “La declaración atómica”, en *Excelsior*, México, 1 de diciembre de 1945, p. 3.

<sup>74</sup> *El Popular*, México, 19 de noviembre de 1945, p. 2.

## FUENTES

### HEMEROGRAFÍA

*El Universal*

*Excélsior*

*Novedades*

*El Popular*

*The New York Times*

### BIBLIOGRAFÍA

Atholl, Justin, *Cómo se enteró Stalin*, Barcelona, Ediciones Destino, 1952.

Baldwin, Hanson W., “La decisión sobre Hiroshima”, en *Hiroshima, veinte años después*, México, Editorial Novaro, 1966.

Blackett, Patrick Maynard Stuart, *Miedo, guerra y la bomba atómica*, México, España-Calpe, 1950.

Carpintero Santamaría, Natividad, *La bomba atómica: el factor humano en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Díaz de Santos, 2007, 384 pp.

Chernus, Ira, *Eisenhower's Atoms for Peace*, Texas, A&M University Press, 2002.

Franco Fernández, Francisco José, *El proyecto Manhattan y los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki*, Cartagena, Divum & Mare, 2008, 366 pp.

García Fernández, Horacio, *La bomba y sus hombres*, México, SEP/ADN Editores, 2003.

Gigon, Fernand, *Horror en cadena: apocalipsis del átomo*, Barcelona, Seix Barral, 1960.

Giovannitti, Len y Freed, Fred, *La decisión de lanzar la bomba*, Barcelona, Editorial Diana, 1968.

Hayden, Jay G., “La bomba y los rusos”, en *Excélsior*, México, 22 de octubre de 1945, p. 3.

Lippmann, Walter, “El secreto atómico”, en *Excélsior*, México, 10 de octubre de 1945, p. 3.

\_\_\_\_\_, “La declaración atómica”, en *Excélsior*, México, 1 de diciembre de 1945, p. 3.

Mosqueira, Salvador, *El secreto de la bomba atómica*, México, Editorial Patria, 1952.

Preston, Diana, *Antes de Hiroshima: De Marie Curie a la bomba atómica*, México, Sevilla Editores, 2008.

Smyth, Henry de Wolf, *La energía atómica al servicio de la guerra: informe oficial del desarrollo de la bomba atómica realizado con el patrocinio del gobierno de los Estados Unidos durante el periodo 1940-1945*, México, Espasa Calpe, 1946.

\_\_\_\_\_, *La energía atómica para fines militares*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995.

Stonier, Tom, *Desastre nuclear*, México, Editorial Diana, 1968.

Wyden, Peter, *Día uno: así empezó la era atómica*, México, Ediciones Martínez Roca, 1986.